

PROFUNDIZACIÓN - II. «HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

«Entonces, de improviso, comprendieron quién era aquel hombre al que habían seguido» (Huellas de experiencia cristiana – ficha 11).

Os proponemos una carta en la que Marco, un bachiller muerto hace 7 años en un accidente, cuenta cómo descubrió quién es Cristo en su vida, «una comprensión que va más allá de la de los amigos y de las personas que he conocido»

Más allá de lo que crees que sabes por tu tradición, o de los frágiles entusiasmos pasajeros, ¿te ha sucedido alguna vez un momento en el que hayas intuido que Cristo es el secreto de la vida, la luz para mirar cada cosa?

Soy Marco Gallo, un chico de Monza de 17 años. Ayer fui de peregrinación a la beatificación de Juan Pablo II, y es como si hubiese nacido en mí un deseo fortísimo de conocerle. Traté de saber algo más de él, y me quedé profundamente impresionado por estas palabras suyas: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora [...] ¡No tengáis miedo! Cristo conoce “lo que hay dentro del hombre”. ¡Solo Él lo conoce! Con frecuencia el hombre actual no sabe lo que lleva dentro, en lo profundo de su ánimo, de su corazón. Muchas veces se siente inseguro sobre el sentido de su vida en este mundo. Se siente invadido por la duda que se transforma en desesperación. Permitid, pues, –os lo ruego, os lo imploro con humildad y con confianza– permitid que Cristo hable al hombre. ¡Solo Él tiene palabras de vida, sí, de vida eterna!»

Es como si, por fin, alguien me comprendiera. Una comprensión que va más allá de la de los amigos y de las personas que he conocido. Como si todo el secreto de la vida estuviese encerrado ahí, en esas palabras. Ostras, fui a la iglesia y, por primera vez en muchísimo tiempo, recé intensamente para que esas palabras quedaran bien grabadas dentro de mí, para que Cristo, ahora, frente a mi situación que es realmente de duda y desesperación, me abrazase ahora.

Me levanté para irme y, nada más hacerlo, percibí una mirada que procedía de una anciana señora. La percibí de pasada, como cuando echas un vistazo a la puesta de sol desde la ventana, sin prestar demasiada atención. Me di cuenta de que se levantaba y me observaba, parecía que venía hacia mí, pero no estoy seguro de ello. Yo estaba saliendo, sin darme cuenta de lo que estaba sucediendo, de la intensidad de aquella mirada. Y cuando, al abrir la puerta para salir de la iglesia, me volví por última vez, que di cuenta de que estaba todavía ahí, quieta (casi atemorizada de mi «huida»). Al salir intuí que su intención era la de un abrazo de amor y de esperanza al ver a un joven arrodillado en la iglesia. ¡Pero cómo es posible! ¡A alguien como yo! ¡Como yo! ¿Qué esperanza, qué gratitud me merezco? ¡Los ojos de aquella mujer estaban llenos de amor por mí! Ella estaba ahí. Estaba ahí esperándome. Y entonces, al salir, nació dentro de mí una contradicción entre el temor banal de dirigirme a una desconocida para decirle: «¿Quería usted decirme algo?» y la posibilidad de volver atrás para darme cuenta de que ahí estaba aquel al que acababa de invocar. Ahí estaba Jesús. Pero, antes de que aquello pudiera convertirse en certeza, cuando su presencia era aún una frágil intuición, no la quise. »

» El núcleo de mi discurso es este: si Cristo no fuese realmente alguien que sucede en el presente de nuestra vida, si Cristo no me salva realmente, no te salva ahora, pero sobre todo, si no estamos dispuestos a esperarle y a aceptarle ahora, ¿por qué motivo podemos definirnos como cristianos? Si no tenemos ninguna intención de cambiar nuestro modo de actuar, si no estamos dispuestos a abandonar nuestra frágiles certezas, nuestros patéticos temores (incluso el de hablar con un desconocido), nuestra forma de emplear el tiempo y de relacionarnos con la realidad y con las personas, ¿en qué esperamos?

(M. Gallo, *Anche i sassi si sarebbero messi a saltellare*, Itaca, Castel Bolognese 2016, pp. 192-194)